

A/N: Hoy hablaremos sobre la sanación de las heridas, porque todos las tenemos, y vamos a recurrir a la gracia de Dios en un área muy sensible de la sanación: la sanación de las heridas y el abuso sexual. No entraremos en detalles, pero, dado que esta es una de las peores heridas que una persona puede sufrir, ver lo que Dios hace en relación con esta sanación puede brindar esperanza a todas las personas.

- También es necesario hablar sobre la sanación del abuso sexual, ya que este terrible dolor es más común de lo que creemos y Jesús quiere sanarlo. He hablado con varias personas sobrevivientes, pidiéndoles su opinión sobre esta homilía, y la apoyan. También les pedí la opinión a los ocho padres del Comité de Educación de nuestra escuela, y la apoyan; dijeron que, si se les preguntaba, se crearía una oportunidad para conversaciones apropiadas para cada edad.

S: En la Primera Lectura, centrémonos en dos cosas que dice Dios Padre.

Primero: “Aquí está mi siervo... en quien mi alma se complace... él traerá justicia a las naciones... No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humea débilmente” (Isaías 42:1,3). Esto profetiza a Jesús, el siervo del Padre que se acerca con ternura a quienes sufrimos, somos débiles o frágiles.

Segundo, el Padre le dice a su siervo: “Te he dado como alianza con el pueblo... para sacar a los presos de la cárcel, de la prisión a los que moran en tinieblas” (42:6-7). Una persona me escribió: “Mi corazón resonó con estas palabras, pues resuenan con la verdad en mi camino de sanación. Puedo ver la conexión con el Bautismo, ya que este sacramento nos convierte en ‘una nueva criatura’”.

Hoy celebramos el Bautismo de Jesús y que Él nos dio el Sacramento del

Bautismo para comenzar una nueva vida. Este es nuestro primer punto: a todas las personas, y en particular a quienes han sufrido daño sexual, Jesús quiere darnos nueva vida, vida en Él, vida en plenitud. A veces dudamos si la sanación es posible o si Dios realmente la quiere; existe la tentación de culparnos, de pensar que merecemos el dolor. Seamos claros: estos pensamientos no provienen de Dios, y Él quiere liberarnos de ellos.

- Segundo punto: *Experimentar* esta nueva vida es un largo viaje. En este libro, (https://m.media-amazon.com/images/I/71CpmLY3oCL_SY522.jpg) *My Peace I Give You: Healing Sexual Wounds with the Help of the Saints*, la Dra. Dawn Eden (https://en.wikipedia.org/wiki/Dawn_Eden_Goldstein#/media/File:Dawn_Eden_Goldstein_June_2022.jpg) relata su larga historia de sanación. Fue abusada sexualmente por un conserje en una sinagoga judía cuando tenía cinco años. Cuando tenía 31 años, recibió el don de la fe en Jesús y se dio cuenta de que Él quería que ella naciera de lo alto a través del Bautismo, pero, aunque esto fue alentador, admitió que no se *sentía* pura. Pasó años acercándose a la misericordia de Jesús, luego dudando de ella; haciendo preguntas que parecían ser callejones sin salida, luego volviéndose a Él; Hablar con su madre sobre el abuso que sufrió de niña y cómo la culpaban, y luego hablar con ella más adelante en su vida y encontrar respuestas. Es una historia dolorosa, real y esperanzadora, gracias a Dios, la terapia y la amistad.

Tercer punto: Jesús vino a sufrir con nosotros. Cuando Dawn tenía cinco años, les preguntó a sus padres judíos sobre Jesús, y ellos dijeron: “Si fuera Dios, no lo habrían crucificado” (42). Eso es lógico desde cierto punto de vista: Dios no puede sufrir y, por ser poderoso, jamás permitiría que lo lastimaran.

- Pero Jesús nos reveló lo contrario en la cruz: su amor por nosotros significó que llegaría al extremo de sufrir por nosotros. Este amor también se reveló tres años antes mediante su bautismo. El Evangelio dice: “Jesús vino de Galilea a Juan, al Jordán, para ser bautizado por él. Juan se lo impedía, diciendo: ‘Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?’. Pero Jesús le respondió: ‘Dejadlo por ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia’. Entonces Juan consintió” (Mateo 3:13-15). Durante mucho tiempo, los cristianos se preguntaron por qué Jesús fue bautizado. El bautismo de Juan era para el perdón de los pecados, y él no tenía pecado. Por lo tanto, San Juan se opuso. Jesús dio una respuesta misteriosa: “Dejadlo por ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”. La justicia significa que él solo quiere lo que Dios Padre quiere, y el Padre quiere que se identifique con los pecadores. Estas tres pinturas (https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/38/Brooklyn_Museum_-_Saint_John_the_Baptist_Sees_Jesus_from_Afar_%28Saint_Jean-Baptiste_voit_Jésus_de_loin%29_-_James_Tissot_-_overall.jpg) nos ayudan a comprender que miles de personas salían al desierto para ser bautizadas (<https://www.brooklynmuseum.org/objects/4449>), pecadores confesando públicamente sus pecados y deseando una nueva vida (https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d2/Brooklyn_Museum_-_The_Disciples_of_Jesus_Baptize_%28Les_disciples_de_Jésus_baptisent%29_-_James_Tissot_-_overall.jpg). Y entonces Jesús, Dios mismo, comienza a caminar entre ellos (<https://artvee.com/dl/the-baptism-of-jesus/>), integrándose e identificándose con la multitud, y se bautiza. El Dr. Eden escribe: “[Jesús] nos invita a unirnos a él en el bautismo porque, en palabras de [San] Juan Pablo II, él ‘desea unirse a cada individuo, y de manera especial se une a los que sufren’”

(42).

- Un episodio de su vida ayuda a mostrar lo que significa para ella el sufrimiento de Jesús con nosotros. A los 31 años, aprendió que algunas personas con trastorno de estrés postraumático tienen flashbacks emocionales; saber esto le brindó cierto alivio, ya que explicaba por qué, varias veces al año, volvía a experimentar emocionalmente el abuso. Simplemente por saberlo, algunos de sus síntomas comenzaron a disminuir ⁽⁵⁶⁾. Pero, en una ocasión, durante el posgrado, estaba hablando con un profesor y dijo algo que pareció ofenderlo, pero no supo qué; su rostro se ensombreció y le dio vergüenza preguntar, así que se fue rápidamente. Para ella, hablar con alguien con autoridad, que luego se avergonzó y cambió repentinamente su comportamiento, fue un detonante emocional. Ella escribió: “Al pie de las escaleras... me enfrenté a una decisión. A mi derecha estaba la biblioteca. Si iba allí, podría distraerme... y sufrir de camino a casa. A mi izquierda estaba la capilla. Si iba allí, no sabía cuánto tiempo lloraría ni quién podría verme. Con un empujón, quizás, de mi ángel guardián, giré a la izquierda. Encontré un asiento al fondo de la capilla y caí de rodillas... Mientras las lágrimas empezaban a fluir, susurré: “Querido Jesús, sé que puedo elegir sufrir esto contigo o sin ti. Elijo sufrir esto contigo. No me dejes”. Lloré y lloré... Sin embargo, al levantarme, incluso con algunas lágrimas restantes, me sentí diferente a otras veces que había sufrido flashbacks. Por primera vez, sentí que, incluso en mi sufrimiento más íntimo, no estaba sola. Como dice la antigua frase... “Dios no sufre

- , pero puede sufrir con”. Cuando finalmente salí de la capilla, no podía distinguir si esas últimas gotas eran lágrimas de tristeza o alegría.

Quizás eran ambas cosas”. (62-64).

- Al final, la Dra. Eden no dice que todo su dolor ha desaparecido, sino que “el mal de mi pasado sigue siendo malo, pero ya no tiene ningún poder sobre mí” (178).

A: Si Dios quiere, estos tres puntos (Jesús quiere darnos nueva vida, *experimentar* la sanación es un largo camino, Jesús vino a sufrir con nosotros) pueden dar esperanza y contribuir, aunque sea un poco, a la sanación. Si desea dar su opinión, hágalo. Tenga en cuenta que no abarcamos todos los aspectos de este tema, sino que nos centramos en el deseo de Jesús de sanar.

- Además, viendo cómo la adoración ayudó a la curación del Dr. Eden, reflexionemos sobre nuestra meta parroquial de que 500 de nosotros nos comprometamos a la adoración semanal para el 1 de enero de 2027.
¿Es esto lo que quiere el Padre?

V: El final del Evangelio dice: “Cuando Jesús fue bautizado... una voz del cielo decía: ‘Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia’” (3:16-17).

Ojalá todos podamos escuchar estas palabras dirigidas a nosotros: que somos hijos e hijas amados del Padre. Estas palabras apuntan a la Resurrección de Jesús y a la nuestra.